

Políticas familiares dentro del primer mundo

El crear familias en las que las personas, sus valores, sean lo más importante es más valioso que las pesetas mensuales. Pero no es menos cierto que nada de esto es posible sin unos mínimos económicos que quizá no estén cubiertos en España y que definitivamente no lo están para dos terceras partes de la humanidad, nuestra gran familia extensa.

.....
Esperanza Díaz

Médico de Familia.



Hablamos en general del primer y del tercer mundo y parece que nos entendemos. Pero en lo que respecta a políticas en temas particulares, como es la política familiar, deberíamos quizá distinguir un segundo mundo, en el que estaría España o, quizá mejor, un primerísimo, en el que estarían los países nórdicos y más concretamente Noruega.

Para entender mejor la situación actual, recordemos que los países nórdicos fueron pioneros en Europa en el desarrollo de los derechos de la mujer, lo cual trajo como rápida consecuencia la desintegración de la familia y la disminución de la natalidad. Mientras en España aún eran habituales las familias con 5 ó 6 hijos cuidados por la mujer de la casa, las mujeres del norte de Europa llegaban en su mayoría a la conclusión de que no merecía la pena quedarse en casa limpiando y cuidando niños a cambio de nada, de modo que, a la par que aumentaba el número de abortos legales (aunque no legítimos), disminuía el número de parejas estables y de hijos. Afortunadamente, sin embargo, los políticos (que empezaban a ser también políticas) supieron ver con rapidez el giro que tomaban los acontecimientos y se pusieron manos a la obra para compensar de alguna manera el comienzo de lo que, de otra forma, podría suponer la ruina completa de estas sociedades, ya con una densidad de población mucho menor que las típicas de los países mediterráneos.

Esta coyuntura histórica supuso que la política familiar fuese y sea aún hoy en día uno de los principales caballos de batalla y puntos de discusión entre los diferentes partidos, especialmente en épocas electorales.

Como producto de tanto debate público, la situación actual en Noruega ha llegado a ser la siguiente: Tienen derecho al dinero de maternidad, o de adopción, las personas (hombres o mujeres) que hayan tenido trabajo remunerado seis de los últimos diez meses antes del nacimiento del bebé. Se cuenta también el tiempo en el que uno haya estado de baja o de permiso con sueldo por otras razones (por ejemplo maternidad por otro hijo). La madre puede elegir entre 42 semanas con sueldo completo ó hasta 52 semanas con un 80% del salario. Tres de estas semanas son obligatorias antes del nacimiento para que la madre pueda descansar. Si no se cogen, se pierden.

CRISIS DE LA FAMILIA

El padre tiene dos semanas de permiso con sueldo nada más nacer el hijo. Después de la sexta semana tras el nacimiento, se pueden repartir los padres el resto del tiempo como quieran, siempre que los dos cumplan el supuesto inicial. Las normas para la adopción son semejantes, aunque algunas semanas más cortos los periodos. En el caso de que la madre o los padres no hayan estado trabajando los meses anteriores, reciben una suma de ayuda de una sola vez (unas 650.000 ptas.).

De esta manera, se potencia que la mayor parte de las madres o de los padres estén en casa con el pequeño durante el primer año de vida. El siguiente paso sería enviar a los mayores de un año a guardería. Tras larga lucha, sin embargo, el partido cristiano conservador consiguió hace ya años que se recibiese una cantidad mensual por niño desde el año hasta los tres años incluidos, cantidad inversamente proporcional a las horas de permanencia en guardería. Así, si un niño está en su casa (o bajo el cuidado de un particular) todo el día, reciben los padres unas 45.000 ptas. al mes, que van disminuyendo hasta no recibir nada si va a guardería más de 33 horas semanales. Es decir, se fomenta nuevamente el que uno de los progenitores se quede más tiempo como amo de casa. Pasados los tres años se suponen los padres en sus respectivos trabajos (hay que tener en cuenta que el paro en Noruega ronda el 5%, lo que en términos prácticos significa que el que quiere trabajar en general puede hacerlo). Entonces, y hasta que el hijo tenga doce años, tienen los padres derecho a 10 días cada uno con salario completo si el pequeño enferma (15 días si son tres o más hijos) ó 20 días en caso de que sea uno sólo de los progenitores quien se hace cargo de la crianza. Lo mismo ocurre en caso de que quien cuida los niños se ponga enfermo. Si se trata de enfermedad del niño grave o ingreso en el hospital, uno de los adultos tiene derecho a permiso con sueldo. Hasta los 18 años se reciben, además, unas 20.000 ptas. por hijo mensualmente. Los descuentos en los impuestos cuando se tienen hijos son, por otro lado, semejantes a los españoles.

En conjunto, y por no dar más detalles, el tener hijos está no sólo aceptado, sino potenciado en esta sociedad.

¿Cuáles son los efectos secundarios? Porque los hay. En primer lugar, al conceder sumas tan elevadas a los particulares, el dinero que se da a las instituciones como guarderías y escuelas es insuficiente, de forma que no hay plazas para todos los niños en las guarderías, con lo que han proliferado los apañíos más o menos legales entre madres o de mujeres que cuidan a varios niños formando parte de la escasa economía sumergida que hay en el país. Las escuelas, por otro lado, tienen problemas para acoger a todos los niños que van cumpliendo seis años, momento desde el cual la enseñanza es obligatoria. Por

esta razón, los padres tienen que pagar una pequeña cantidad mensual a las escuelas y la calidad de la enseñanza empeora a ojos vista. Paralelamente, la mayoría de las veces son mujeres en edad laboral las que optan por quedarse un tiempo en casa con familias de dos a cuatro hijos. El resultado es que Noruega tiene que importar de otros países europeos maestros de escuela, enfermeras, pedagogos y en general aquellos profesionales que normalmente son mujeres jóvenes, pagando sueldos inflados a los extranjeros por la falta virtual de mano de obra autóctona, lo cual genera rencores hacia dichos "inmigrantes cualificados". Por último, está surgiendo una subespecie, si se me permite el término, desde mi punto de vista bastante peligrosa. Son jóvenes de menos de 20 años, madres solteras que aún no han acabado su educación y que ven como alternativa posible el sobrevivir a cuenta del estado gracias a su prole. Miran el futuro en forma de días o semanas, cultivando sus derechos y sin más, ni menos, obligaciones que la de ser madres. Está por ver dónde llegarán estas familias monoparentales carentes de toda base afectivosocial el día en que se corten los suministros. Todos estos inconvenientes, junto con la crisis del estado de bienestar que amenaza toda Europa (aunque en Noruega se vea aún como un fantasma lejano gracias a las fuentes de petróleo que en su mayor parte generan dinero que se invierte para el futuro), hacen que en los últimos meses, coincidiendo con la campaña electoral, se pongan de nuevo en duda las bondades de este sistema. Pero lo que se ha concedido no es fácil de quitar después, por lo que cualquier reducción habrá de ser progresiva y a largo plazo.

La situación española es, como todos sabemos, diferente, a pesar de contarse con razón entre las del primer mundo. En el caso de que la mujer haya estado en el mercado laboral, tiene 16 semanas de permiso con sueldo, mientras el padre tiene un par de días tras el nacimiento. Después del periodo de permiso los niños van a guardería o, los más afortunados, son cuidados por abuelas que aún tienen fuerza para semejante desgaste. Ninguna ayuda económica al estilo noruego se da en España. Quizá sea esta una de las razones, junto a otras culturales, por la que nuestro país está a la cola de la natalidad mundial, con 9 nacimientos por cada 1000 habitantes y año (puesto 176 de un total de 182 países estudiados en una estadística reciente). Cabe preguntarse si la falta de incentivos familiares se corresponde, como cabría en buena lógica esperar de lo escrito sobre Noruega, con una mayor inversión pública en la calidad de la enseñanza o una mayor facilidad de acceso a las plazas de guardería. Pero más bien me temo que la respuesta sea negativa. Si alguna faceta positiva hemos de buscar en este modelo comparado con el noruego será la de la importancia de

la familia extensa (abuelos, tíos,...), muchas veces fundamental en España para el cuidado de los hijos y que en Noruega brilla por su ausencia.

Desde un punto de vista totalmente personal, y habiendo vivido en los dos sistemas, creo lo más acertado el buscar el equilibrio, aunque mi balanza se inclina a preferir el sistema noruego. Y no sólo la balanza de pagos, sino la afectiva. No se puede pagar el poder estar con los hijos unos meses más hasta que tengan 10 ó 12 meses frente a tener que dejar en manos de otros a criaturas de 3 ó 4 meses. Ni tampoco el poderse quedar atendiéndolos cuando enferman. Todo esto es posible en el sistema noruego. Pero tampoco es en todos los casos deseable el permanecer en casa durante años, situación que no es siempre fácil de evitar cuando en las listas de espera de las guarderías los niños llegan hasta la centena (potenciar las políticas familiares, la permanencia de los padres con los hijos, etc., no debería confundirse con intentar que la mujer, preferentemente, abandone su trabajo y se vuelva a quedar en casita, pero esta vez sin la pata quebrada para que rinda más).

Sin embargo creo que la apuesta va más allá de los estados y las subvenciones. El crear familias en las que las personas, sus valores, la igualdad entre los sexos y el amor entre todos los miembros que emane hacia el resto de la familia humana sea lo más importante es, a mi juicio, más valioso que las coronas-pesetas mensuales. Pero no es menos cierto que nada de esto es posible sin unos mínimos económicos que quizá no estén cubiertos en España y que definitivamente no lo están para dos terceras partes de la humanidad, nuestra gran familia extensa. El reto será el de lograr una política familiar mundial entendida en este amplio sentido de la palabra. Más allá del primer o primerísimo mundo del que empezamos hablando.

